

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían.

En la época de Jesús existía un grupo nacionalista, encabezado por Judas Galileo, y que eran contrarios a la dominación del Imperio Romano y se rebelaban, por medio de la guerra de guerrillas, a la presencia de Roma sobre su país.

Decían también que no convenía ofrecer a Dios otras víctimas que las designadas en la ley de Moisés, por lo que prohibían ofrecer las víctimas establecidas por el pueblo por la salud del emperador y del pueblo romano.

Indignado Pilato por esto contra ellos, mandó sacrificarlos entre las mismas víctimas que se ofrecían según la ley, de modo que la sangre de los que ofrecían se mezcló con la de las víctimas ofrecidas.

La sangre es considerada símbolo de vida y compromiso y, por tanto, mezclar sangre con sacrificios representa una forma de sellar un pacto o una unión profunda con una deidad o entre personas. Por tanto, Pilato mezcla la sangre de los galileos con la de sus sacrificios, expresando de esta manera, que es un sacrificio al diablo y no un sacrificio a Dios y, por tanto, es como una condena perpetua para los galileos sacrificados, pues, la sangre ofrecida es para el diablo. El mensaje que Pilato traslada a la población y a todos los que se rebelan contra Roma es tajante: El castigo eterno.

Evidentemente, este acto provocó un gran dolor y consternación en el pueblo de Israel y surge la gran pregunta; ¿El mal que han sufrido es causa del pecado Personal de los que han sido sentenciados por Pilato?

Y es que, existía una creencia común de que las calamidades personales eran castigos divinos por pecados específicos (ver Job 4, 7-8, Juan 9, 2).

- *Preguntas para la oración*

¿Cuál es el contenido de mi oración? ¿Qué le cuento al Señor? ¿Hablo de mí o hablo de los demás? ¿Le expongo mi vida, con mis virtudes y mis fragilidades o le expongo los defectos de los demás?

²Jesús respondió: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? ³Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo.

La respuesta de Jesús es desconcertante para los oyentes de aquella época: “¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo.”

En la cultura judía de la época, existía una creencia generalizada de que el sufrimiento era una consecuencia directa del pecado personal o familiar. Esta idea se refleja en varios pasajes bíblicos como en el libro de Job en el que los amigos de Job asumen que su sufrimiento es resultado de su pecado, al igual que sucede con el pasaje del ciego de Nacimiento, que aparece en el Evangelio de Juan, y que los discípulos preguntan si un hombre nació ciego debido a sus pecados o los de sus padres.

Jesús rechaza la noción común de que el sufrimiento es siempre un castigo directo por el pecado. En su lugar, utiliza estos eventos trágicos para enfatizar la necesidad universal del arrepentimiento. Jesús desafía directamente esta noción simplista en Lucas 13:1-5. Al preguntar si las víctimas de estos trágicos eventos eran peores pecadores, y luego negarlo, Jesús rompe la conexión directa entre pecado específico y sufrimiento.

El Señor está indicando una doble realidad. Por un lado, el reconocimiento de nuestra propia realidad *¿Quién este libre de pecado que tire la primera piedra?* (Jn 8, 7). Las personas que se acercan a Jesús se están situando en un nivel moral superior a los que han sido asesinados. Se están considerando más puros y perfectos y, en definitiva, están asumiendo el papel y el lugar de Dios. ¡Qué bien nos viene recordar a San Juan! “*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros*” (1Jn 1, 8).

Por otro lado, la necesidad de poner la mirada en Dios. La conversión implica un cambio de mirada. Un dejarse mirarse a sí mismo para poner la mirada en Dios. “*Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados*” (Hch 3, 19).

La conversión implica poner la fe en Jesucristo para la salvación. “*Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna*”. (Jn 3, 16).

La conversión que Dios solicita en un nuevo nacimiento a la vida de gracia. “*Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo*”. (2Co 5, 17).

- Preguntas para la oración

¿Qué aspectos concretos crees que Dios ve cuando te mira? ¿Qué aspectos concretos descubres en ti mismo? ¿Cómo es la mirada de Dios para los otros? ¿Cómo los miro yo? ¿Qué aspectos concretos necesito cambiar para fortalecer mi amistad con Dios?

4O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? 5Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera».

Jesús menciona otro incidente, la caída de la torre de Siloé, para reforzar su reflexión. El mensaje es claro: todos necesitan arrepentirse, independientemente de las circunstancias. Jesús utiliza este evento como un segundo ejemplo para reforzar su punto sobre el arrepentimiento. Al mencionar tanto un acto de violencia humana (los galileos) como un accidente (la torre), Jesús abarca diferentes tipos de tragedias para demostrar que el sufrimiento no siempre está directamente ligado al pecado personal.

Siloé era un área en la parte sureste de Jerusalén, conocida por su fuente de agua. La torre mencionada probablemente formaba parte del sistema de defensa o de suministro de agua de la ciudad. En el Evangelio de Juan se menciona el estanque de Siloé, indicando su importancia en la topografía de Jerusalén. (Cf. Jn 9, 7).

Jesús menciona específicamente que 18 personas murieron en este incidente. Este detalle sugiere que era un evento bien conocido en la época y que había dejado una impresión en la comunidad local.

Al igual que con el incidente de los galileos, es probable que hubiera especulación pública sobre por qué estas 18 personas en particular murieron. La pregunta implícita es si eran particularmente pecaminosas para merecer tal destino.

Algunos estudiosos han sugerido que la mención de la torre de Siloé podría tener connotaciones simbólicas:

Por un lado, Siloé significa *enviado* en hebreo, lo que podría relacionarse con la misión de Jesús como el enviado de Dios. Por otro lado, la caída de una torre podría evocar imágenes de juicio divino, como en la historia de la Torre de Babel (Cf. Gn 11, 1-9).

Jesús desliga los acontecimientos trágicos, tanto el asesinato de los galileos, como el accidente de la torre, de un pecado personal y que está en consonancia con el sentido más profundo de los profetas que comprenden el pecado como una infidelidad a la Alianza establecida con Dios. Así lo expresa el profeta Jeremías: *“pues una doble maldad ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua”*. (Jr 2, 13).

Algo similar expresa, incluso con más dureza, el profeta Isaías: *“¿Cómo se ha prostituido la villa fiel: estaba llena de rectitud; la justicia moraba en ella, y ahora moran los asesinos! Tu plata se ha vuelto escoria, está aguado tu vino; tus gobernantes son bandidos, cómplices de ladrones: amigos de sobornos, en busca de regalos. No protegen el derecho del huérfano, ni atienden la causa de la viuda”*. (Is 1, 21-23).

El Señor está mostrando cómo la ruptura de la Alianza con Dios provoca una serie de injusticias personales y sociales y, en definitiva, un culto vacío y alejado de Dios, lo cual provoca la separación con Dios y, por tanto, la condenación.

Es curioso, descubrir cómo estas personas han acudido al encuentro del Señor para expresar su castigo como consecuencia del pecado y, como el Señor, les muestra que lo que conlleva la condenación es la separación total de Dios que se manifiesta en las desigualdades y en un culto vacío.

El profeta Miqueas, concluye cuál es la sensación de seguridad que llevan las personas que acuden a Jesús y lo totalmente alejados están de la comprensión de Dios: *“Escuchad esto, líderes de la casa de Jacob, jefes de la casa de Israel, que aborrecéis el derecho, y pervertís lo justo. Construís Sión con sangre, Jerusalén a base de crímenes. Sus jefes se dejan sobornar, sus sacerdotes enseñan a sueldo, sus profetas adivinan por dinero, se apoyan en el Señor y dicen: «¿No está el Señor con nosotros? ¡No puede caer encima la desgracia!».*” (Miq 3, 9-11)

- Preguntas para la oración

¿Qué aspectos concretos realizo para cuidar la amistad con Dios? ¿Qué aspectos concretos pienso que a Dios le gustaría que desarrollará para ser más fiel en la amistad? ¿Qué aspectos concretos reflejan que soy amigo de Dios? ¿Cómo se refleja en mi vida familiar, social, laboral?

6Y les dijo esta parábola: «Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

Jesús al presentar esta parábola quiere ilustrar a los que han acudido anteriormente que su vida no es tan perfecta como ellos piensan y que a pesar de estar disfrutando y viviendo dentro de la heredad del Señor, la viña, y disponer de todos los medios necesarios para dar fruto, sin embargo, su vida es infructífera.

La higuera en la viña representa los frutos que Israel, y por extensión, a cualquier creyente que no da fruto espiritual. El profeta Oseas compara a Israel con los primeros frutos de una higuera: *“Como uvas en el desierto, encontré a Israel, como breva en la higuera, como su fruto primerizo, descubrí a vuestros padres”* (Os 9, 10).

Las higueras buenas y malas representan, también, los diferentes grupos de israelitas. (Cf. Jr 24, 1-9). En el fondo se está buscando manifestar la fidelidad a la Alianza (higos buenos) y la infidelidad de aquellos que buscan su propio interés y se alejan de Dios (higos malos).

La viña y la higuera son dos símbolos importantes en la Biblia, a menudo utilizados juntos para representar diversos conceptos espirituales y terrenales. Ambas imágenes utilizadas conjuntamente implican prosperidad y paz: *“Durante los días de Salomón, Judá e Israel vivieron tranquilos, cada cual bajo su parra y su higuera desde Dan hasta Berseba”.* (1Re 5, 5).

La viña es, con toda claridad, la imagen del pueblo de Israel. El cántico de la viña del profeta Isaías así lo expresa claramente: *“La viña del Señor Todopoderoso es la nación de Israel; los hombres de Judá son su plantío preferido”* (Is 5, 7).

La imagen de la viña que recorre toda la Escritura y que el pueblo de Israel identificaba rápidamente. De hecho, expresa alguna referencia a la imagen del jardín del Edén, cuando Dios pasea todos los días y baja a visitar y a cuidar su viña que somos nosotros.

El pueblo de Israel era el depositario de todas las promesas de salvación de Dios, habían establecido una Alianza y el Señor había prometido fidelidad, sin embargo, la respuesta de Israel no sólo no fue la adecuada, sino que, además, fue desleal: *“Este pueblo me alaba con la boca y me honra con los labios, mientras su corazón está lejos de mí”* (Is 29, 13).

El culto vacío es la expresión de la pomposidad externa, pero sin fundamento interno. Quizás se comprenda mejor la maldición que Jesús realiza a la higuera cuando baja a Jerusalén: *“Vio de lejos una higuera con hojas, y se acercó para ver si encontraba algo; al llegar no encontró más que hojas, porque no era tiempo de higos. Entonces le dijo: «Nunca jamás coma nadie frutos de ti»”* (Mc 11, 13-14).

- Preguntas para la oración

¿Siento que soy pensado y amado por Dios? ¿En qué lo noto? ¿Me siento parte de la familia de Dios? ¿Por qué? ¿En qué se manifiesta? ¿Cuáles son los frutos que Dios espera recibir de mí? ¿Los tengo? ¿Los estoy desarrollando? ¿En qué aspectos concretos se refleja los frutos de Dios en mí?

7Dijo entonces al viñador: “Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?”.

El libro del levítico hace referencia a la preparación necesaria para dar fruto que son tres años: *“Cuando entréis en la tierra y plantéis toda clase de árboles frutales, no recogeréis sus frutos inmediatamente; durante tres años los consideraréis como incircuncisos: no se podrán comer”* (Lv 19, 23-25).

Tres son los años que Jesús está desarrollando esa preparación en su ministerio público. Tres años caminando con el pueblo de Israel, viviendo con ellos y entre ellos, abriéndoles su corazón y manifestando la voluntad de Dios y, sin embargo, no se produce la conversión deseada, no hay un fruto en su corazón.

El dueño de la viña tenía expectativas razonables para encontrar el fruto deseado. Había proporcionado un buen terreno, había esperado pacientemente, había ofrecido el alimento necesario para la viña y, sin embargo, solo hojas, todo apariencia. Jesús está indicando a sus oyentes que esta situación infructífera supone la desconexión con Aquel que les nutre. La falta de fruto es consecuencia de una vida separada de Dios.

Y, aunque, a nosotros la decisión de cortar la higuera nos suena a un castigo total y definitivo, sin embargo, tiene otro matiz lleno de misericordia, tal y como nos recuerda el profeta Isaías: *“Ese tocón será semilla santa”* (Is 6, 13). Así nos lo recuerda el profeta Ezequiel: *“yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta y viva. Convertíos, convertíos de vuestra perversa conducta. ¿Por qué os obstináis en morir, casa de Israel?”* (Ez 33, 11).

También, el profeta Oseas, nos habla de la importancia de la Purificación y cómo el Señor utiliza todos los medios a su alcance para que el pueblo de Israel y, por tanto, la Iglesia, se vuelva a unir con Él: *“Por eso, yo la persuado, la llevo al desierto, le hablo al corazón, le entrego allí mismo*

sus viñedos”. (Os 2, 16-17). El desierto es el lugar de la Purificación y, a su vez, es el lugar del encuentro y de la intimidad con Dios.

- Preguntas para la oración

¿Cómo estoy viviendo esta Cuaresma? ¿En qué aspectos concretos estoy fortaleciendo? ¿Me ayudan a dar los frutos que Dios espera? ¿Soy más amigo de Dios? ¿En qué se nota en mi vida?

8Pero el viñador respondió: “Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, 9a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar”».

El viñador representa a Jesucristo, el cual, asume una doble tarea: En primer lugar, se hace corresponsable de nuestra falta de fruto y eso le lleva a implicarse en nuestro proceso de conversión y que podamos dar fruto y fruto abundante. Es una implicación personal y que trae consigo su esfuerzo, su sacrificio, su entrega. Quizás, desde esta perspectiva, se comprenda mejor el himno de Filipenses: *“Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, 8se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.”* (Flp 2, 5-8).

Cavar y abonar son expresiones que nos muestran esa dependencia con el Señor. ¡Necesitamos el sacrificio de Cristo y el alimento espiritual! El Señor ha descendido hasta los infiernos, como rezamos en el Credo, para rescatarnos. Ha cavado hasta las profundidades para sanar la tierra y ofrecerla una nueva vida. El abono es esa vida nueva que el Señor nos ofrece por medio de los sacramentos. El agua del bautismo que riega nuestra alma, el alimento de la Eucaristía que nutre nuestra savia, la celebración de la confesión que poda nuestra ramas para obtener un fruto mejor.

En segundo lugar, el Señor se convierte en Mediador entre Dios y los hombres. Un Mediador que *“ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado”*. (Hb 4, 15). Dios no es ajeno a nuestra vida, se hace solidario con nuestra vida, ha querido unir su destino a nuestro destino, ha querido unir su vida con la nuestra. Por eso, *“habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* (Jn 13, 1-2).

Esta mediación que realiza Jesús se expresa en dos aspectos concretos: La súplica *“Señor, déjala todavía este año”* y el compromiso personal *“cavaré alrededor de ella y la abonaré”*. La súplica que el Señor realiza nos recuerda a otros modelos de súplica, como la de Abraham intercediendo por el pueblo de Sodoma (Cf. Gn 18, 23-33); o Moisés intercediendo por el pueblo de Israel después del Becerro de oro (Cf. Ex 32, 11-14).

- Preguntas para la oración

¿Cuento con Dios para el proceso de conversión? ¿Cómo lo hago participe de mi vida? ¿Agradezco a Dios su implicación y compromiso? ¿De qué manera lo hago?